

LA VERDAD

EN EL SEPULCRO,

ROMANCE

*A la muerte de la Excma. Señora Doña Josefa
Leliez, Giron y Pimentel, Marquesa
de Camarasa, &c.*

POR UN AMIGO DE SU ESPOSO.

MADRID: M. DCCC. XVII.

EN LA OFICINA DE D. FRANCISCO MARTINEZ DÁVILA,

IMPRESOR DE CÁMARA DE S. M.





LA VERDAD EN EL SEPULCRO.

ROMANCE.

No son rotos pergáminos,
no son riquezas falaces,
las que en este amargo día,
arrancan mis tristes ayes;
de bienes tan pasajeros,
la pérdida inevitable
no dexa recuerdo alguno
tras sí. Los hombres en valde
inventaron gerarquías,
crearon luxosas artes
que alhagasen los sentidos,
usurparon dignidades,
y creyeron ser dichosos.
Insensatos. De tan frágil
ventura, nada se espere;
pues en todo semejante
al fulgente meteoro
brilla y muere, apénas nace.
Ostente, pues, en buen hora
el orgulloso magnate
un nombre ilustre, y el escudo
para todo sea su clase.
Viva y goce. Nada importa.
Suerte tal no es envidiable,
si el grande á par del mendigo
muere y dexa de ser grande.
No basta para evitarlo
que sus cenizas se guarden



en grandiosos mausoleos,
no basta que el bronce y jáspe,
se hermanen, y que de Fídias
el cincél se sobrepase.

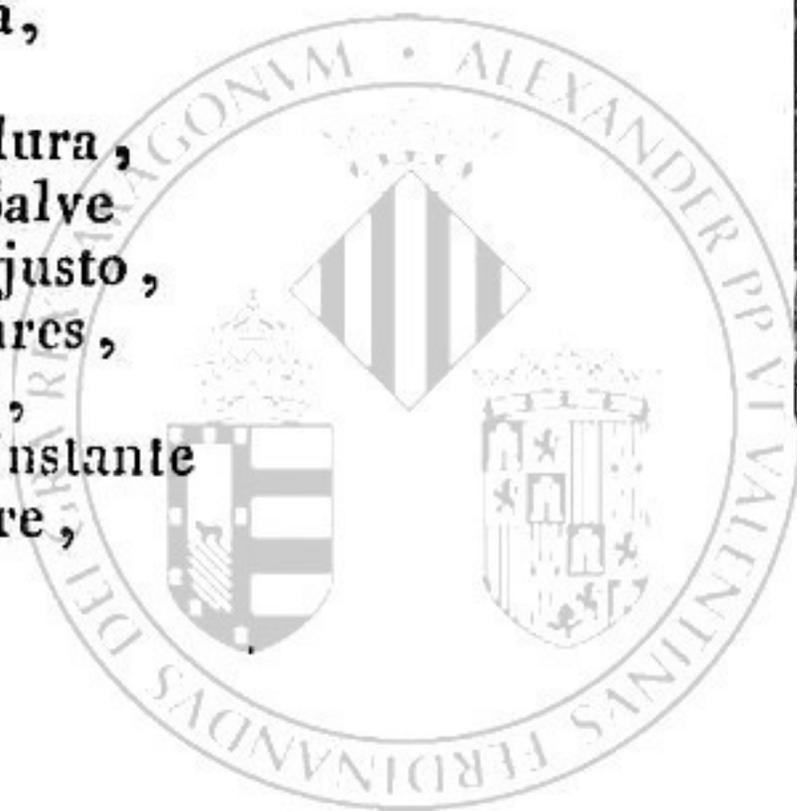
Mudas piedras nada dicen,
y el triste que sentir sabe
quando acaso las contempla
reconoce lo que valen.

¡Ay! bien lo sé. Anoche mismo
arrastrado por la imágen
de una amiga que he perdido,
feble, inquieto, vacilante,
osé entrar en el recinto,
donde mil que fueron yacen.

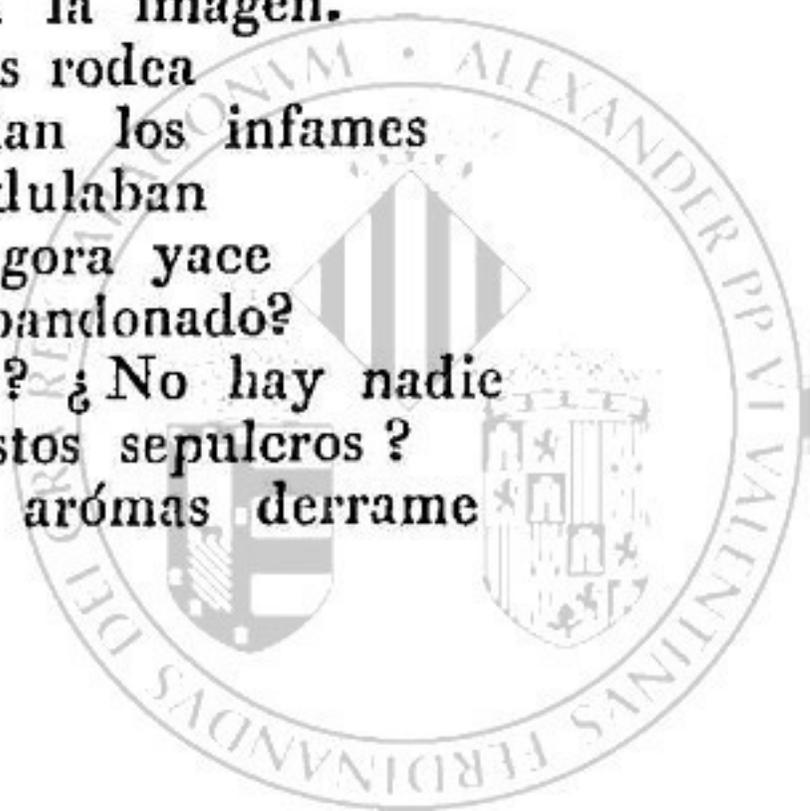
Allí las pasiones callan,
allí todos son iguales,
y el engañoso prestigio
entre sombras se deshace.

Otro mundo, otra exístencia
empieza allí, y de la amable
verdad el templo se encuentra
del sepulcro á los umbrales.

Yo la ví; esta hija celeste
de la virtud. Calma, grave
y pura como ella misma,
allí juzga los mortales,
y el fallo que eterno dura,
sus lábios pronuncian. Salve
oh deidad del hombre justo,
permite que en tus altares,
un desventurado ofrezca,
grato incienso; y si el instante
llegó ya de que te adore,



recibe sus homenajes.
Este fúnebre recinto
fué tu asilo, quando errante
y fugitiva, la tierra
para siempre abandonaste.
Séalo, pues, tambien agora
de un triste, ya que implacable
la muerte robarle quiso
su amiga. ¡Ay! ¿Dime, dó yacen
las cenizas de esta amiga?
¿dónde reposa su amable
corazon? ¿dónde se esconde
la que admirábamos ántes?
Quizá, uno de estos sepulcros
la guarda. Si fuera dable
reconocerlos pudiera
mi respeto, tributarle
nueva ofrenda cada dia.
Pero aquí no está. Lo sabe
de antemano el pecho mio.
Estas urnas sepulcrales,
donde el gusto y la riqueza
rivalizan, son bastantes
para contener un Creso,
no de la virtud la imágen.
Cruel soledad las rodea
¿y en dónde estan los infames
Sibaritas que adulaban
al mismo que agora yace
frio, muerto, abandonado?
¿Y los parientes? ¿No hay nadie
que cuide de estos sepulcros?
¿No hay quien arómas derrame



sobre ellos? ¿No hay quien renueve
el fuego que en su honor arde?
Infelíz. Nadie responde,
solo el éco se complace,
y repite inútil queja,
que qual polvo lleva el ayre.
Hayamos, pues, un silencio
que tanto dice. Profane
en buen hora el que quisiere
un lugar tan respetable
con baxas adulaciones.
Tal vileza en mí no cabe.
Mas ; ay Dios! sueño, deliro,
¿ó es ilusion agradable
que mi dolor lisonjea
y mis votos satisface?
La obscuridad se disipa,
y en vez de negros celages,
de luz y fuego se viste
el firmamento brillante.
¡ Qué muchedumbre se acerca!
viejos, niños, respetables
matronas, vírgenes puras,
jóvenes bellos y amantes,
los que la fortuna alhaga,
los que humilla inexôrable,
los pobres como los ricos
todos llegan, y delante
de un modesto cenotáfio
se prosternan. Ya los ayes,
ya los suspiros se escuchan,
ya de llanto mil raudales
bañan la vecina tierra.



¿Quién angustia semejante
causar puede? Tan extraña
armonía en sexós y edades
distintas, en profesiones
opuestas, en desiguales
estados, ¿quién la produce?
Este enigma desciframe,
¡oh Diosa! tú solo puedes,
dilo, pues, y el hombre calle.
«No es de ilustres ricos-hombres
ná la hija, á la esposa y madre
ná quién se tributa y rinde
tan acordes homenajes.
»Apellidos generosos,
»pingües bienes, régia sangre,
»si presentes se veneran,
»muertos no inquietan á nadie.
»Es la madre cuidadosa,
»es la esposa fiel, la afable
»señora, la buena amiga,
»la bienhechora constante
»del triste menesteroso,
»Es *PEPITA*, es la apreciable
»*PEPITA* por quien lloramos.
»Ella fué de las sociales
»virtudes vivo modelo.
»Ella supo ser amable,
»y buena sin menoscabo
»del deber y de su clase.
»Ilustrada en su cariño
»encontró fuerza bastante
»para alejar de sus brazos
»á el fruto de tierno enlace.

»Este fruto ya no puede
 »estrecharlos, refugiarse
 »en ellos, pero sí puede
 »ser exemplo á sus iguales.
 »Abandonar tambien quiso
 »cortesanas vanidades,
 »y enmedio de sus vasallos
 »no fué Señora, fué Madre.
 »Supo, en fin, ser de su Esposo
 »compañera inseparable,
 »ser su amiga, y ser su todo,
 »sin dexar de ser su amante.
 »Llorad, llorad, desgraciados;
 »gemid, míseros mortales,
 »no sintais su fin temprano,
 »sentid la falta que os hace.
 »Su muerte no, pues perdiendo
 »un soplo de vida frágil,
 »otra eterna y venturosa
 »logró sábia conquistarse.
 »El cielo es ya su morada,
 »vuestros pechos los altares,
 »y su exemplo y sus virtudes
 »el modelo de las madres.»
 Dixo la Diosa, y los hombres
 responden solo con ayes,
 que el dolor y los gemidos
 digna ofrenda son de un ángel.

